

METRO

Una adaptación de Cristián Quezada S.

Para un texto de Francisco Sanguino y Rafael González.

Santiago, Septiembre de 2008.

METRO

Estación de metro en la oscuridad. Una mujer observa la espalda del último vagón, sentada bajo la publicidad de una película. Recorre la estación con la mirada, la fija en la boca del andén.

Un hombre, treinta años, bien vestido, con maletín en una mano, diario en la otra, llega apurado, se detiene justo antes de caerse a las vías. Se da cuenta de que, si no se hubiera enganchado en el torniquete, ahora estaría de viaje. Mira hacia un lado y otro del túnel sosteniendo la rabia. Ya no hay remedio: el mayor de los fracasos se incuba en un minuto.

La mujer, al percatarse de la llegada del hombre, se pone unos lentes oscuros y cruza las piernas dejando a la vista más arriba de sus rodillas.

El hombre siente que hay alguien a su espalda, gira la cabeza y ve a una mujer que está sentada en la estación a pesar de que el metro acaba de irse. El hombre vuelve a mirar a la derecha y a la izquierda. Se sienta, a su lado hay lugar para dos más, pero él se sienta en el extremo: no le interesan sus piernas, tan blancas.

HOMBRE: Hola.

MUJER: Hola.

Él lo dice cansado, mirando levemente; ella, como si fuera empleada pública. Él abre el diario y lo ojea sin mucho interés: La mujer mira la contraportada. El metro no viene. Él vuelve a desesperarse, se pone de pie. Vuelve a observar a un lado y otro del andén. Mira su reloj. Vuelve a sentarse.

HOMBRE: Está tardando más de la cuenta, ¿verdad?

La mujer lo mira como si fuera el tipo más idiota del planeta. Él insiste...

Está tardando más de la cuenta.

MUJER: ¿Quiere un chicle?

HOMBRE: No, gracias, ¿Llev...?

MUJER: ¿Qué hora es?

HOMBRE: Las siete y cinco. ¿Lleva mucho rato esperando?

MUJER: ¿Cómo?

HOMBRE: Que si espera hace mucho... rato.

MUJER: No.

HOMBRE: Ah, también acaba de llegar.

MUJER: No.

HOMBRE: No, no, claro: cuando yo llegué usted ya estaba aquí.

MUJER: Oiga...

HOMBRE: ¿Sí?

MUJER: Usted se refiere al metro.

HOMBRE: Claro.

MUJER: ¿Y no tiene miedo de que se le moje?

HOMBRE: ¿Cómo dice?

MUJER: El terno, si no tiene miedo de que se le moje. Parece muy caro.

El hombre mira rápidamente hacia arriba, por si hay goteras.

HOMBRE: Perdone, no sé si me habrá entendido, le preguntaba si...

MUJER: Le entendí perfectamente. No espero el metro.

HOMBRE: Disculpe, pensé que...

MUJER: No se disculpe, no es la primera vez.

Ella da por terminado el asunto con una sonrisa que desaparece cuando gira la cabeza hacia el otro lado. El hombre también sonríe y se echa aire con el diario mientras golpetea su rodilla con el maletín. La mujer lo mira molesta por el ruidito y el, cuando se percata de su mirada, para el golpeteo y vuelve a sonreír. Abre nuevamente el diario en la página en que quedó.

¿Me presta el diario?

HOMBRE: Si, si, claro, tome.

MUJER: Gracias.

HOMBRE: De nada, disculpe, está un poco mojado. Es que me sudan las manos de manera exagerada. Debe ser alguna enfermedad. *(Se limpia las manos con un pañuelo desechable que saca del maletín).*

MUJER: No, es ansiedad. O el calor, claro.

HOMBRE: Ah, no, eso sí, calor si que hace.

MUJER: Es engañoso, ¿ah?

HOMBRE: ¿Qué es engañoso?

MUJER: Que haga calor, por supuesto.

HOMBRE: ¿Es engañoso que haga calor en pleno verano? Es una broma ¿verdad?

MUJER: *(Se saca los lentes oscuros y lo mira fijamente)*. Yo nunca bromeo con esas cosas.

Ella estuvo ojeando el diario mientras hablaba. Pasa otra hoja y se queda pegada en un anuncio.

MUJER: ¡No!

HOMBRE: ¿Le pasa algo?

MUJER: ¡No!

HOMBRE: ¿La puedo ayudar en alg...?

MUJER: Hay un documental de víboras.

HOMBRE: ¿Dónde? ¿En el diario?

MUJER: En la tele. A las ocho y media.

HOMBRE: ¿A las ocho y media? No se preocupe todavía falta. Aunque al paso que vamos... ¿le gustan las víboras?

MUJER: Me encantan, soy la que más sabe de ellas en mi barrio. ¿A usted no le gustan?

HOMBRE: ¿A mí? Me parecen repugnantes. Sobre todo esas que son grandes... La pitón y esa otra... ¿Cómo se llam...?

MUJER: La boa, la del principito.

HOMBRE: Eso, la boa, es enorme.

MUJER: Llega a medir seis metros.

HOMBRE: ¡Seis metros! ¡Qué asco!

MUJER: Qué hermosas.

HOMBRE: Oiga, entonces a ust...

MUJER: En Puerto Rico hay una isla que se llama así.

HOMBRE: ¿Boa?

La mujer le da una mirada que lo dice todo y vuelve a refugiarse de la estupidez del mundo en las hojas del diario.

¿En Puerto Rico hay una isla que se llama Boa? ¿En serio?

MUJER: Como lo oye.

HOMBRE: ¿Y a quién se le habrá ocurrido ponerle un nombre así? Estos centroamericanos... *(Con desprecio)* "Boa". De solo pensarlo se me pone la piel de gallina. Boas, son repugnantes.

MUJER: No son repugnantes. A usted le parecen repugnantes, sin embargo a mí me encantan. ¡Me encantaría ver ese programa!

HOMBRE: Lo verá, no se preocupe. No creo que se demore mucho más.

MUJER: No es por el metro, es que no puedo.

HOMBRE: Tiene que ir a trabajar.

MUJER: No es por eso.

HOMBRE: Ah, ya, ya sé lo que quiere decir, perdone mi indiscr...

MUJER: ¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que quiero decir?

HOMBRE: Bueno, yo...

MUJER: Cree que no tengo plata para comprarme un televisor. ¿Eso es lo que cree?

HOMBRE: No, yo, por favor...

MUJER: Entonces, ¿por qué se disculpa?

HOMBRE: Creo que me estoy metiendo en lo que no me importa.

MUJER: No, no se ha metido en nada, así que no tengo por qué disculparlo.

HOMBRE: Estupendo, dejémoslo así.

MUJER: Cree que soy pobre, ¿verdad?

HOMBRE: No, no lo creo.

MUJER: No sea mentiroso, sí lo cree.

HOMBRE: No, le aseguro que...

MUJER: ¿Qué pasa? Quiere saber cuánto gano, es eso, ¿no?

HOMBRE: No, no quiero saberlo, no me lo diga, por favor, no es asunto mío. Por favor.

MUJER: De acuerdo... ¿Cuánto gana usted?

HOMBRE: Oiga, por favor...

MUJER: Es sólo por curiosidad.

HOMBRE: No creo que sea asunto suyo.

MUJER: Claro.

HOMBRE: Sigamos esperando.

MUJER: Seguro que gana mucho dinero.

HOMBRE: Oiga, ¿por qué no se preocupa de esperar el metro mejor, en vez de saber cuánto gano?

MUJER: Es que yo no espero el metro. Ya le dije que no espero el metro. Me metí aquí para protegerme de la lluvia.

HOMBRE: ¿De qué lluvia? Pero si no llueve...

MUJER: Va a llover.

HOMBRE: No creo.

MUJER: Va a llover.

HOMBRE: Yo creo que está equivocada. Estamos en pleno verano.

MUJER: Soy meteoróloga.

HOMBRE: Ah... *(Dándose cuenta que hizo el ridículo)* Así que va a llover, ah.

MUJER: ¿Es que no vio las nubes?

HOMBRE: No parecían de lluvia.

MUJER: Realmente son las únicas que pueden hacer llover. Eso lo sabe hasta un niño.

HOMBRE: Entonces va a llover. Si usted lo dice, lloverá.

Él da por terminado el round. Ella gana por puntos. Pero...

HOMBRE: Así que meteoróloga ¿ah?

MUJER: Sí.

HOMBRE: ¿Trabaja en la tele?

MUJER: No, en la radio.

HOMBRE: ¿En la radio? ¿En cuál?

MUJER: Radio Amapola.

HOMBRE: ¿Radio Amapola? ¿Aquí? Que yo sepa, aquí no hay ninguna Radio Amapola. Y yo escucho harto la radio.

MUJER: En Valparaíso, es local.

HOMBRE: Ah, usted es de Valparaíso.

MUJER: De Iquique. Me fui a Valparaíso cuando chica. Mi padre tuvo un hundimiento.

HOMBRE: ¿Un qué?

MUJER: Se hundió el barco donde navegaba.

HOMBRE: Lo siento.

MUJER: Yo no.

HOMBRE: ¿No siente que su padre haya muerto?

MUJER: Dudo que mi padre haya muerto.

HOMBRE: Pero el barco...

MUJER: El barco se hundió, desapareció la tripulación, pero yo dudo que mi padre se ahogara.

HOMBRE: Entonces fue cerca de la costa.

MUJER: No, fue en un temporal en medio del mar.

HOMBRE: Ah.

MUJER: Así que nos fuimos con los padres de mi madre. Yo tenía once años. Mi hermano mayor se casó hace unos meses y vive aquí.

HOMBRE: ¿Y le gusta esto?

MUJER: Dice que es demasiado grande.

HOMBRE: Le pregunto a usted.

MUJER: ¿A mí?

HOMBRE: Sí.

MUJER: Bueno...

HOMBRE: Es una ciudad grande, pero tranquila.

MUJER: Sí, lo es.

HOMBRE: Claro que Iquique...

MUJER: También lo es.

La mujer saca una cajetilla de Galoises y saca un cigarrillo, pero no ofrece. El hombre vuelve a mirar hacia los dos lados del túnel, mete las manos en sus bolsillos y busca algo. No encuentra nada.

HOMBRE: Creo que perdí mis cigarrillos.

Silencio

Me da la impresión que perdí mis cigarrillos ¿Me podría convidar uno? Es para no salir a comprar, no vaya a ser que venga el...

MUJER: Claro, pero es tabaco negro.

HOMBRE: Bueno.

MUJER: Son franceses: Galoises Caporal.

HOMBRE: Nunca he fumado de éstos.

MUJER: Son de los que fumaba Cortázar.

Silencio

Cortázar, el escritor.

HOMBRE: Ah.

MUJER: ¿Usted no conoce a Cortázar?

HOMBRE: Me suena. Pero no sabía que era escritor.

MUJER: ¿Y qué pensaba que era?

HOMBRE: Bueno no sé. La verdad es que la vida de los famosos nunca me ha interesado.

MUJER: Ah, ya, eso lo explica todo.

Ella lo mira con cierta repugnancia. Silencio.

HOMBRE: Así que Cortázar fumaba de éstos.

MUJER: Sí.

HOMBRE: ¿Y dónde los compró?

MUJER: No los compré. Me los trajo un amigo, un compañero de la radio que viajó en Francia... dice que París es maravilloso. Me trajo una foto de su tumba.

HOMBRE: ¿De quién?

MUJER: De Cortázar.

HOMBRE: ¿Lo dice en serio?... ¿Tiene una foto de su tumba?

MUJER: Sí.

HOMBRE: ¿Dónde está enterrado?

MUJER: Claro.

HOMBRE: ¿Y la anda trayendo?

MUJER: Sí.

HOMBRE: ¿Aquí? ¿En su cartera?

MUJER: Lo dice como si yo anduviera con el cadáver de Cortázar. ¿Se la muestro?

HOMBRE: No, no, no se moleste, da lo mismo.

MUJER: No, quiero que la vea, es una foto muy bonita.

HOMBRE: No, no se moleste.

MUJER: Oiga, ¿qué le pasa? ¿Por qué no quiere ver la foto?

HOMBRE: No, no es que no quiera verla... ¿Es una foto de un cementerio?

MUJER: Euro Disney todavía no existía, así que no pudieron enterrarlo ahí.

HOMBRE: Oiga, mire, es que no me gustan los cementerios, ni las tumbas ni nada de eso.

MUJER: Pero si es un cementerio muy bonito, de hecho no parece cementerio, parece un jardín infantil

HOMBRE: De todas maneras, no se preocupe.

MUJER: No, no, no, véala. *(Saca una foto de su cartera, él le pone la mano encima)*. No sea infantil, tómela. *(Él la toma, le echa una mirada de una décima de segundo y se la devuelve)*.

HOMBRE: Muy bonita.

MUJER: ¿Vio el Montparnasse al fondo?

HOMBRE: Perfectamente.

MUJER: Le voy a mostrar otra.

HOMBRE: ¿Otra tumba?

MUJER: No.

HOMBRE: Un momento...

MUJER: ¿Si?

HOMBRE: El metro.

MUJER: No es el metro.

HOMBRE: Si es, lo escuché.

MUJER: No, no es.

HOMBRE: ¿Cómo lo sabe?

MUJER: Porque no puede ser.

HOMBRE: ¿Ah, no? ¿Y por qué?

MUJER: Porque antes pasan los murciélagos.

HOMBRE: Oiga, usted me está tomando el pelo.

MUJER: No, señor. ¿Acaso no lo sabe?

HOMBRE: ¿Qué cosa?

MUJER: ¿De verdad no lo sabe? ¿Toma el metro todos los días y no lo sabe?

HOMBRE: Si no me lo dice de una vez por todas, no lo voy a saber nunca.

MUJER: Que pasan antes

HOMBRE: ¿Antes de qué?

MUJER: Del metro. Cuando lo oyen venir, salen chillando. ¿Qué haría usted si una boa de quince toneladas le estuviera pisando los talones en el túnel?

HOMBRE: Puchas... No sé.

MUJER: Dígame, ¿qué haría?

HOMBRE: Correr.

MUJER: ¿Sabe volar?

HOMBRE: No, yo no.

MUJER: Bueno, eso es lo que hacen los murciélagos. Así que no pierda el tiempo poniendo oreja; cuando vea venir una bandada de murciélagos, sabrá que viene el metro.

HOMBRE: Voy a estar muy atento. *(Se levanta, se acerca a las vías, se asoma)*

MUJER: Algunos no lo logran.

HOMBRE: ¿Perdón?

MUJER: Los que pierden la orientación se estrellan contra las paredes, mueren electrocutados y finalmente son aplastados en los rieles.

HOMBRE: *(Volviendo a sentarse rápidamente, poniéndose el cigarrillo en los labios e intentando cambiar de tema)* ¿Tiene fuego?

MUJER: No se puede fumar acá adentro.

HOMBRE: Si, es verdad, no se puede fumar acá... adentro.

MUJER: Oiga, ¿sabe una cosa?

HOMBRE: ¿Qué cosa?

MUJER: No se ha dado cuenta...

Él mira a su alrededor por si le fuera a caer una bandada de murciélagos encima.

HOMBRE: No.

MUJER: Todavía no me dice su nombre.

HOMBRE: *(Resopla aliviado)* No, es verdad, pero usted tampoco me ha dicho el suyo.

MUJER: ¿Por qué no me lo dice?

HOMBRE: Encantado, me llamo Marcelino.

MUJER: Como Pan y...

HOMBRE: Exacto, ahora le toca a usted. ¿Cómo se llama?

MUJER: Ah, no, no.

HOMBRE: No, no, ¿qué?

MUJER: Que no se lo voy a decir.

HOMBRE: ¿Por qué?

MUJER: Porque es muy feo.

HOMBRE: Peor que Marcelino no creo que sea.

MUJER: Bastante peor.

HOMBRE: A ver.

MUJER: Ya le dije que no.

HOMBRE: Ya pues...

MUJER: *(Irritada, muy irritada)* ¿Está sordo? ¡Le dije que no!

HOMBRE: Bueno, pero no se ponga así. Usted se lo pierde, le iba a contar un secreto

MUJER: Métaselo en el culo.

HOMBRE: ¿Cómo?

MUJER: Que se lo digo si me promete no ponerse a reír ni hacer bromas estúpidas.

HOMBRE: Trato hecho.

MUJER: ¿No se va a reír?

HOMBRE: Ya le dije que no.

MUJER: Ya, pero...

HOMBRE: Si quiere, se lo puedo prometer.

MUJER: No, no le creo.

HOMBRE: Se lo prometo y se lo juro por mi mamá.

MUJER: ¿Me lo promete y me lo jura por su mamá, por su papá y por lo que más quiera en este mundo?

HOMBRE: Está bien.

MUJER: Dele.

HOMBRE: Dele ¿qué?

MUJER: Hágalo.

HOMBRE: *(A desgana)* Prometo, y juro por mi mamá, por mi papá, *(irónico)* incluso por mi colección de láminas del álbum de Colo Colo...

MUJER: ¿Eso es lo que más quiere en este mundo?

HOMBRE: Oiga, son de cuando entrenaba el “Zorro Álamos”

MUJER: Bueno, siga.

HOMBRE: ...juro que no me voy a reír de su nombre. Listo. Ahora dígame.

MUJER: *(Rápidamente, como para que no se entienda)*...stina.

HOMBRE: ¿Cómo?

MUJER: ¡Agustina!

Él piensa el nombre, ella lo observa y él intenta que no se note nada. Ella acerca su cara cada vez más a la cara de él, que no puede contener la risa.

Ah, claro. Ya empezamos ¿no? Le recuerdo que hicimos un trato. Me lo juró por sus padres, no debería reírse.

HOMBRE: Si, pero es que...

MUJER: Es que nada. Vamos, eche la talla, estoy acostumbrada.

HOMBRE: Oiga, yo...

MUJER: Usted es un gallina. No, mejor dicho; un maricón. Vamos, siga riéndose, hijo de los mil padres de la hija de las mil putas.

HOMBRE: *(Parándola en seco)* Oiga, tenga cuidado con lo que dice, Ah. Mida sus palabras, por favor.

MUJER: ¿Ah, sí? ¿Y por qué? ¿Se puede saber por qué? ¿Me va a pegar? ¿Me va a hundir los dientes de un puñete? ¿Me va a aplastar la cara contra la pared? ¿Qué mierda va a hacer?

HOMBRE: ¿Pero qué está diciendo por Dios?

MUJER: Usted cree que está en el Oeste ¿verdad? Se cree Clint Eastwood. (Le golpea el hombro) A ver, pégueme, hágalo, sé defenderme, no crea que va a ser tan fácil.

HOMBRE: Cállese, por favor.

MUJER: ¡Desgraciado!

HOMBRE: No creo que sea para tanto.

MUJER: ¡Pingüino!

HOMBRE: Jamás había visto algo parecido

MUJER: ¿Ah, no?

HOMBRE: No

MUJER: A ver si así aprende a no reírse de sus semejantes, pelafustán de mierda.

Ella se sienta, busca en su cartera desesperadamente algo que ni siquiera ella sabe que es. Él recoge sus cosas con parsimonia.

HOMBRE: Buenos días.

MUJER: ¿Cómo?

HOMBRE: Hasta luego. *(Irónico)* Mucho gusto.

MUJER: ¿Qué? ¿Se va?

HOMBRE: Por supuesto.

MUJER: *(Cerrándole el paso)* Oiga, por favor, no se vaya, no me deje sola.

HOMBRE: Déjeme pasar.

MUJER: No, quédese.

HOMBRE: Por favor, déjeme pasar.

MUJER: Oiga, sea bueno, quédese un ratito más.

HOMBRE: Le ruego que me deje pasar.

MUJER: Se lo pido de rodillas. *(Lo hace y se pone a llorar)* ¡No me deje sola, no lo haga, por favor, no quiero quedarme sola!

HOMBRE: Pero, ¿qué está haciendo? Levántese del suelo. *(Deja en el piso el diario, el maletín y la ayuda a levantarse)* Venga a sentarse.

Se sientan, él la tiene medio abrazada, ella llora desconsoladamente.

HOMBRE: No se preocupe, no me voy, lo dije en broma, no la voy a dejar sola, tranquila, no se preocupe.

MUJER: No soporto los truenos.

HOMBRE: No hay truenos.

MUJER: Los habrá, dentro de poco. Soy meteoróloga.

HOMBRE: Ya me lo dijo, pero ahora no hay truenos.

MUJER: Pero, habrá.

HOMBRE: Bueno ya, si truena, que truene.

MUJER: Gracias por quedarse conmigo.

HOMBRE: De nada.

MUJER: Perdóneme.

HOMBRE: No hay nada que perdonar.

MUJER: *(Enérgica)* Perdóneme y después veremos.

HOMBRE: Está bien, la perdono.

MUJER: Me puse un poco bruta.

HOMBRE: Todos nos ponemos así a veces

MUJER: Si, pero yo estuve a punto de matarlo.

HOMBRE: *(Ríe)* ¿Ah, sí? ¿Y cómo iba a matarme?

MUJER: Con la pistola que tengo en la cartera.

HOMBRE: *(Se incorpora y la suelta de un salto)* Bueno, pero ya está todo olvidado, ¿verdad?

MUJER: Entonces, ¿me perdona?

HOMBRE: Claro que la perdono, no faltaba más.

MUJER: Usted es muy buena persona.

HOMBRE: Noo.

MUJER: Marcelino, ¿sabe una cosa?

HOMBRE: ¿Qué, Agustina?

MUJER: Su nombre es muy bonito.

HOMBRE: El suyo también.

MUJER: ¿Usted cree?

Ella termina de secarse las lágrimas, todo vuelve a la normalidad.

Bueno, parece que no llega el maldito metro. Este país, en vez de andar mejor, anda cada día más como el culo.

HOMBRE: ¿Pero no me dijo que no lo esperaba?

MUJER: No lo espero, pero eso no me quita el derecho a criticar las fallas del sistema, ¿no le parece?

HOMBRE: Claro.

MUJER: ¿Marcelino?

HOMBRE: Si.

MUJER: ¿Usted está casado?

HOMBRE: Si.

MUJER: ¿Tiene hijos?

HOMBRE: Uno.

MUJER: ¿En qué trabaja?

HOMBRE: Soy abogado.

MUJER: Debe ser un trabajo muy aburrido.

HOMBRE: No, mi trabajo es muy entretenido.

MUJER: ¿Ah si? ¿Qué hace usted?

HOMBRE: Me dedico a la quiebra de empresas, es la parte más entretenida del Derecho Mercantil.

MUJER: Un poco triste, ¿no?

HOMBRE: A mí siempre me han gustado los finales tristes.

MUJER: Igual que a mí. No, quiero decir que a mí no: me encanta lo que acaba bien. “Lo que bien acaba, bien empieza”.

HOMBRE: Si usted lo dice...

MUJER: Chisst.

HOMBRE: ¿Qué?

MUJER: El metro.

HOMBRE: ¿El metro?

Él corre hacia el borde del andén y mira hacia el túnel. Ella permanece sentada.

MUJER: Creo.

HOMBRE: ¿Cree?

MUJER: No, no es el metro.

Él opta por sentarse, entonces se da cuenta de que sus cosas siguen en el suelo y va a recogerlas. Las pone en el asiento de en medio. Vuelve a abrir el diario. Pasa las páginas sin detenerse demasiado en ninguna de ellas. Mira el reloj.

HOMBRE: Parece que se va a perder el documental.

MUJER: Sí, ya lo sé.

HOMBRE: Aunque si viene en menos de cinco minutos, tal vez... ¿Dónde vive usted?

MUJER: Y dale: ya le dije tres veces que no espero el metro, que me metí aquí huyendo de la lluvia y que soy meteoróloga, ¿quiere que se lo repita?

HOMBRE: Tranquila, usted es un poco irascible.

MUJER: Si me pierdo el documental es única y exclusivamente porque no tengo televisor.

HOMBRE: ¿Cómo dijo?

MUJER: Lo que escuchó.

HOMBRE: ¿No tiene televisor?

MUJER: *(Imitándolo en tono de burla)* ¿No tiene televisor?

HOMBRE: Es que se me acaba de ocurrir algo: Si no tiene televisor...

MUJER: Le encanta meter el dedo en la llaga, ¿ah?

HOMBRE: ...tampoco tiene video, claro.

MUJER: No, ni calzones limpios para cambiarme todos los días.

HOMBRE: Escuche, lo podemos solucionar: llamo a Ginebra y le digo que lo grabe.

MUJER: ¿A Ginebra? ¿Dijo Ginebra?

HOMBRE: Es mi mujer.

MUJER: ¿Su mujer? No me diga que su mujer se llama Ginebra... ¿En serio?

HOMBRE: La llamo y le digo: “Oye Ginebra, estoy esperando el metro y por eso me demoro tanto en llegar, hazme el favor de grabar un documental de víboras que dan en el nueve a las ocho y media”. Perfecto ¿no?

MUJER: Patético.

HOMBRE: ¿Por qué?

MUJER: Es que parece que usted no piensa las cosas, ¿verdad? ¿No me dijo hace un rato que le horrorizaban los ofidios?

HOMBRE: Pero...

MUJER: Seguro que su mujer lo sabe, ¿no?

HOMBRE: Por supuesto, ella sabe todo sobre mí.

MUJER: Entonces, si su mujer le pregunta para qué mierda quiere que le grabe un documental de víboras, con el asco que les tiene, ¿qué le dice, ah?

HOMBRE: La verdad.

MUJER: ¿Cómo?

HOMBRE: Le digo la verdad.

MUJER: ¿Cuál?

HOMBRE: Que es para usted.

MUJER: ¿Qué es para mí?

HOMBRE: Claro.

MUJER: Pero bueno, ¿usted está loco o qué? ¿Usted cree que las mujeres somos tontas? Me encantaría saber qué opinión tiene usted de las mujeres.

HOMBRE: ¿Qué opinión voy a tener si estoy casado?

MUJER: ¿Ah, si? ¿Está casado? Déjeme que lo felicite.

HOMBRE: *(Extrañado)* Gracias.

MUJER: Si usted le dice eso a su mujer, si le dice: “Oye, Ginebra, mira, estoy esperando el metro y por eso me demoro tanto en llegar, y estoy aquí con una mujer que le encantaría ver un documental que dan en el canal nueve a las ocho y media, qué tal si lo grabas. ¿Eso es lo que pensaba decirle?”

HOMBRE: Más o menos.

MUJER: Pero su mujer, si no es muy tonta, aunque yo no pondría las manos al fuego, lo primero que va a pensar es que usted anda por ahí con una mina pasándola como los dioses, ¿no cree?

HOMBRE: No, no creo.

MUJER: ¿Ah, no? ¿No cree? ¿No cree que será eso lo que piense inmediatamente su mujer? Amigo mío, déjeme decirle una cosa:

usted es mucho más estúpido de lo que yo imaginaba, y eso que yo imaginaba que usted era muy, pero muy, pero muy imbécil.

HOMBRE: Disculpe, pero... ¿de qué hospital psiquiátrico se escapó usted? Me está empezando a sacar de mis casillas con tanta estupidez y tanto insulto. Recuerde que si estoy aquí es porque usted me impidió salir de esta estación para tomar un taxi. Y recuerde que no hace ni diez minutos usted estaba ahí, de rodillas, abrazada a mis piernas como una cabra chica, llorando por culpa de no se qué temporal de viento y lluvia que usted, diciendo que es meteoróloga en no se qué extraña radio de Valparaíso, que seguro que ni siquiera existe, dice que va a estallar de un momento a otro, lo cual no se lo cree ni su mamá.

Suena el estallido de un trueno que seguramente en la calle se escuchó como si el mundo se viniera abajo. Él mira asustado hacia la salida y acciona sin querer la chapa del maletín, del que se cae casi todo. La mira a ella y ella lo amenaza con un dedo y su mirada inquisidora.

MUJER: Escuche esto, escúchelo bien estúpido imbécil, parásito de la sociedad, escúchelo por última vez, porque no se lo pienso volver a repetir: Radio Amapola de Valparaíso, existe. ¿Me oyó?

Una luz aparece por su lado izquierdo: Es el metro que llega y no lo oyeron por culpa de los truenos. Ahora ya está en la estación, se detiene, él recoge molesto todo lo que se cayó de su maletín. Suena la sirena y las puertas del metro se cierran, se pone en movimiento, desaparece de la estación. Ninguno de los dos lo tomó. Él se suelta el nudo de la corbata y se saca la chaqueta para recoger sus cosas con más comodidad. Dobla la chaqueta, del bolsillo cae una billetera. Ella la

recoge, junto a unas láminas viejas que están esparcidas por el suelo. Toma una de ellas y la observa.

MUJER: Marcelino... Tu padre, ¿no?

HOMBRE: ¿Mi padre? *(Ríe)* Eso quisiera yo. Es Caszely.

MUJER: ¿Quién?

HOMBRE: Caszely.

MUJER: No me dice nada.

HOMBRE: ¿No sabes quién es Caszely?

MUJER: Tú no sabías quién era Cortázar.

HOMBRE: Pero me sonaba, por lo menos.

MUJER: A mi Caszely también me suena.

HOMBRE: Ah, ¿sí?

MUJER: Sí.

HOMBRE: ¿Y a qué te suena Caszely?

MUJER: A cazuela.

HOMBRE: ¿A cazuela?

MUJER: A cazuela, sí, a la cazuela que preparaba mi madre.

HOMBRE: Una cazuela... *(Con actitud de niño que se sabe la lección)* Neff; Galindo, Herrera, González, Valdés, Páez, Lara, Messen, Ahumada, Véliz y Caszely: Colo Colo 73.

MUJER: ¿Y Kalule?

HOMBRE: ¿Cómo que Kalule?

MUJER: Sí, ¿Kalule no es del Colo?

HOMBRE: Meléndez es de ahora. Caszely jugaba en los 70.

MUJER: Pero tú no habías nacido.

HOMBRE: Yo nací el 78, el mismo año que murió el Papa Pablo VI y también Juan Pablo I, el mismo año que nació la primera guagua en probeta, el mismo año en que se estrenó la serie “Dallas” y “The Police” grabó su primer disco.

MUJER: Yo nací cuando se publicó la sexta edición de “Rayuela”

HOMBRE: *(molesto)* ...Ese año la Chile ganó su tercer campeonato. Fue lo peor que pudo haber ocurrido.

MUJER: También cuando murió Rocamadour.

HOMBRE: Mi papá se compró un fito. Después lo tuvo que vender para pagar las cuotas del crédito... ¿Rocamadour?

MUJER: El niño de la Maga.

HOMBRE: Ah.

MUJER: En Rayuela...

HOMBRE: Los 70 fueron buenos años.

MUJER: Sí. Fue cuando mi padre se ahogó.

HOMBRE: Lo siento.

MUJER: No lo sientas. Yo no lo siento, mi madre no lo siente, mis hermanos no lo sienten, es más, creo que se alegran porque se ahorran un regalo de navidad. Así que nadie lo siente, nadie, ¿Por qué tienes que sentirlo tú? ¿Te sientes obligado a ser el único en este país que siente que mi padre se ahogara?

HOMBRE: No.

MUJER: Entonces.

HOMBRE: De todas formas, tú dijiste que no creías que se hubiera ahogado.

MUJER: Ah, ¿no? ¿Y qué otra cosa podía hacer en la mitad del Océano Pacífico un dos de noviembre? ¿Nadar hasta Nueva York o Vancouver? ¿Abrir un bar en la Isla de Pascua? No digas estupideces.

HOMBRE: Yo no digo estupideces.

MUJER: Dices estupideces, muchas estupideces. Haces estupideces, hablas de estupideces y coleccionas estupideces.

HOMBRE: Perdona, pero si hay alguien aquí y volvemos a lo mismo, que es estúpida hasta la médula, esa eres tú. Lo que pasa es que por respeto y porque apenas te conozco, no te llevo la contraria, pero tu padre está más tieso que pata de perro envenenado.

MUJER: Perdón, pero eso es una gran impertinencia. No tienes ningún derecho a hablar así de mi padre. Mi padre sería lo que fuera, pero era mi padre. Por lo menos eso me han dicho.

HOMBRE: *(Rumoreando)* Ni siquiera sabe si era su padre o no...

MUJER: ¿Qué dijiste?

HOMBRE: Nada.

MUJER: ¿Qué dijiste?

HOMBRE: Nada, no dije nada.

MUJER: No te permito que te burles de mi padre.

HOMBRE: No me estoy burlando de tu padre.

MUJER: Si, lo estás haciendo.

HOMBRE: No, me estoy burlando de ti, por si no te has dado cuenta.

MUJER: Seguramente no me he dado cuenta.

HOMBRE: Seguramente. Ahora, ¿puedes hacer el favor de devolverme mis monitos?

Ella lo mira fijamente y luego mira las láminas. Sabe que las puede hacer pedazos. Él también lo sabe, así que ella no deja de mirar las láminas mientras él la mira a ella. Ella las ordena y lee los nombres de cada una. Cuando llega a la de Caszely, sonrío y dice:

MUJER: Caszely...

HOMBRE: El rey del metro cuadrado. El mejor delantero que ha tenido Chile. Sin duda.

MUJER: El mejor plato que preparaba mi madre.

HOMBRE: Sin duda. *(Estira la mano para que ella le devuelva las láminas)*

MUJER: *(Se las entrega)* Tus láminas.

HOMBRE: Gracias. *(Las mira)*

Suena el metro y llegan las luces por el túnel. Él toma el maletín y lo cierra rápido, metiendo de cualquier forma las láminas en él. El metro llega, abre las puertas. Ella toma la cartera, se pone de pie y camina hacia la salida. Pero él no se va, se queda de pie mirando la espalda de ella. Justo cuando ella va a desaparecer, él se decide:

HOMBRE: Espera.

Ella se gira, sorprendida de que él no tomara el metro.

MUJER: Tu mujer te debe estar esperando.

HOMBRE: Mi mujer nunca me espera. Debe estar en el gimnasio.

MUJER: ¿A esta hora?

HOMBRE: A cualquier hora. Por lo menos eso es lo que ella dice.

MUJER: Entiendo.

HOMBRE: Escucha: siento lo que dije de tu padre.

MUJER: No te preocupes.

HOMBRE: Lo siento de verdad.

MUJER: No importa. Yo también le digo cosas como esa cuando voy a verlo.

HOMBRE: ¿Cuándo vas a verlo?

MUJER: ¿Tú no vas a ver a tu padre?

HOMBRE: Claro que si, voy a verlos, a los dos. Voy a comer una vez a la semana a la casa de mis padres, pero tú dijiste...

MUJER: Yo odio cómo cocina mi madre.

HOMBRE: ¿Pero no dijiste que...?

MUJER: Eso si que hace tiempo que no voy. Tengo que llamarla.

Él empieza a darse cuenta que algo no calza, vuelve a dejar sus cosas en el asiento.

HOMBRE: Oye, ¿Cómo es tu padre?

MUJER: Querrás decir cómo era.

HOMBRE: ¿Por qué no te pones de acuerdo?

MUJER: ¿Qué quieres decir?

HOMBRE: ¿Tú padre está muerto o no está muerto?

MUJER: Puede que sí, puede que no, ¿tú lo sabes?

HOMBRE: ¿Yo?

MUJER: ¿Me prestas las láminas?

HOMBRE: Claro. *(Las saca del maletín)* Toma. Pero dime, ¿Cómo es tu padre?

MUJER: *(Ojeando las láminas)* Es... alto... moreno... flaco... de bigote... *(Se para en seco. Se queda mirando la foto que tiene en sus manos)*. Este es mi padre.

HOMBRE: *(Riéndose)* Ese es el Pollo Véliz.

MUJER: ¿Seguro?

HOMBRE: Segurísimo.

MUJER: Este hombre no puede ser el que tú dices.

HOMBRE: Claro que sí.

MUJER: No puede ser, ¿entiendes? Este hombre es mi padre. Yo misma tengo una foto igual a esta, se la tomó mi madre en un paseo al campo, en... en... ¿Dónde fue?... si me lo ha contado mil veces...

HOMBRE: Por favor, Agustina, debes estar equivocada.

MUJER: ¿Cómo voy a estar equivocada? Este señor vestido con ese ridículo pantalón corto es mi padre, ¿entiendes?, mi padre.

HOMBRE: Este señor vestido con la camiseta blanca y pantalón negro es Véliz. Se puede parecer, a lo mejor es idéntico, pero no es él. ¿Cómo se llamaba tu padre, Leonardo?

MUJER: Y tú, ¿cómo lo sabes?

Él queda helado, no puede ser.

HOMBRE: ¿Qué?

MUJER: Leonardo. ¿Qué pasa? ¿Tampoco te gusta?

HOMBRE: ¿Estás segura?

MUJER: ¿Pero cómo no voy a estar segura del nombre de mi padre?

HOMBRE: Qué coincidencia...

MUJER: ¿Coincidencia?

HOMBRE: Sí, es que éste hombre también se llama así.

MUJER: Claro que se llama así, si es mi padre.

HOMBRE: Ya te dije que no puede ser tu padre. Mira, Agustina, ¿Cuándo se hundió el barco en que iba tu padre?

MUJER: En el ochenta, cuando yo estaba recién nacida.

HOMBRE: Entonces, tú no has visto nunca a tu padre, ¿no?

MUJER: Claro que no. Solamente lo he visto en fotos.

HOMBRE: Ok, deja que me aclare: tu papá naufraga en el ochenta...

MUJER: ... a finales.

HOMBRE: A finales del ochenta, cuando tú tenías...

MUJER: Seis meses.

HOMBRE: Crees que no está muerto, pero el barco naufragó en medio del mar, ¿no es cierto?

MUJER: Sí.

HOMBRE: Entonces, ¿Cómo puedes ir a visitarlo?

MUJER: La ley establece un periodo determinado de tiempo antes de que un hombre pase de desaparecido a muerto. La Armada esperó hasta que pasara ese tiempo, y entonces nos regalaron un nicho. A mi madre ya no le importaba. Había pasado mucho tiempo esperando a mi padre sentada en un noray del muelle como si fuera el wáter de mi casa.

HOMBRE: Creo que me perdí: ¿un noray?

MUJER: Si, son esos mojones de cemento, donde se amarran los cabos.

HOMBRE: ¿Qué cabo?

MUJER: Desde el barco se tira un cabo a tierra pasándolo por la gatera y se encapilla la gaza en un noray. Luego se pasa el seno del cabo por el molinete, se tensa y se hacen vueltas en la vita, haciéndolo quedar firme. A popa se hace lo mismo. Eso es una maniobra de atraque.

HOMBRE: Ahora me quedó clarito.

MUJER: Entonces, sigo: mi madre cambió el puerto por el cementerio. Todos los domingos le cambiábamos las flores y el agua, mientras ella le cantaba esas marchas militares que tanto le gustaban a mi padre. Yo tenía que marcarle el ritmo con los tacos.

HOMBRE: ¿Así? (*Lo hace*).

MUJER: (*Lo fulmina con la mirada*) Bueno, eso es todo. Desde entonces voy a verlo y le cuento mis cosas. Y, desde hace dos años, los restos de mi abuelo.

HOMBRE: ¿También se ahogó?

MUJER: En vino. Viejo borracho. Me dolió mucho... era un hombre muy divertido. Vivía en una casa muy bonita frente al mar... cuando estaba borracho, saltaba por la ventana para mear en el jardín y después volvía a entrar. El día que mi madre supo que estaba enfermo, se lo trajo a vivir a esta ciudad, una ciudad sin mar. Esa fue su perdición. Murió.

HOMBRE: De cirrosis, me imagino.

MUJER: No, por su extraña costumbre de saltar por la ventana para mear. Una noche no se acordó, saltó por la ventana y nunca volvió a entrar. Era un sexto piso.

HOMBRE: Lo siento.

MUJER: Todos lo sentimos. Estoy convencida de que mientras caía, se iba riendo.

HOMBRE: Agustina... lamento decirte que ese no es tu padre.

MUJER: Tienes razón. De repente creí que... pero bueno. Mi padre hubiera querido tener estos dientes.

HOMBRE: ¿Usaba prótesis?

MUJER: No. Tenía piorrea. Tenía piorrea hasta la garganta. Imagínate el tufo que tenía. A las ocho de la mañana su boca era una verdadera alcantarilla.

HOMBRE: Me estás tomando el pelo.

MUJER: No, te hablo en serio, su piorrea era una cosa...

HOMBRE: Sí, me estás tomando el pelo desde que llegué a la estación. Seguramente dijiste: "A ver quién es el imbécil que llega ahora, para contarle la historia de mi padre, a ver quién es el idiota que se traga el cuento del naufragio o el hundimiento o si mi padre está muerto o ...".

MUJER: No te estoy tomando el pelo.

HOMBRE: “... está vivo o está muerto o está resucitado...”

MUJER: No te estoy tomando el pelo.

HOMBRE: Ah, ¿no?

MUJER: ¿Quieres que te diga la verdad?

HOMBRE: Eso es lo que estoy esperando desde el principio. ¿Hay algo más razonable?

MUJER: En mi padre no hay nada razonable.

HOMBRE: Entonces heredaste eso de él.

MUJER: Yo soy muy razonable.

HOMBRE: Dilo.

MUJER: ¿Qué?

HOMBRE: Te estoy esperando.

MUJER: No me lo vas a creer.

HOMBRE: Es lo más probable.

Ella lo mira fijamente, con una sonrisa en los labios.

MUJER: Mi padre me persigue.

HOMBRE: ¿Cómo? Ah... ya...

MUJER: Paga para que me vigilen, para saber dónde estoy, para secuestrarme y llevarme con él.

HOMBRE: Tu padre paga para que te vigilen y manda que te secuestren...

MUJER: Hace tres meses que lo despisté y tengo miedo que me encuentre aquí.

HOMBRE: Por eso estabas...

MUJER: Sí.

HOMBRE: No estás huyendo de la lluvia, estás huyendo de tu padre.

MUJER: Exactamente. Pensé que tú eras uno de ellos.

HOMBRE: ¿De ellos?

MUJER: De sus matones.

HOMBRE: ¿Tu padre tiene matones?

MUJER: Tres.

HOMBRE: ¿Y si yo fuera uno de ellos?

MUJER: No hay problema.

HOMBRE: ¿No?

MUJER: No, porque entonces saco lo que tengo dentro de la cartera y soluciono el problema.

HOMBRE: ¿Y qué tienes dentro de la cartera, si se puede saber?

MUJER: Un cuchillo.

HOMBRE: ¿No era una pistola?

MUJER: Para las distancias cortas, es mejor el cuchillo. Puedo enterrártelo en la nuez sin que te des cuenta.

HOMBRE: ¿Tan buena eres con el cuchillo?

MUJER: Tengo práctica.

HOMBRE: Tienes práctica. ¿Con qué practicas?

MUJER: Con gatos. ¿Te parece suficiente?

HOMBRE: ¿Y si alguien te ve apuñalándome?

MUJER: Entonces te acerco a mí como si nos estuviéramos besando. Nadie podría ver cómo resbala la sangre de tu garganta sobre mi blusa roja. Y menos con ésta luz.

HOMBRE: Claro, por eso te metiste en la boca del metro.

MUJER: Sí.

HOMBRE: Creo que te metiste en la boca del lobo.

MUJER: Yo soy la boca del lobo.

HOMBRE: Lo tienes todo muy estudiado, ¿verdad?

MUJER: Lo tengo.

HOMBRE: ¿Sabes una cosa?

MUJER: ¿Qué?

HOMBRE: Todo esto parece una pesadilla.

MUJER: ¿No me crees?

HOMBRE: Puede que te crea y puede que no. Pero, por si acaso soy uno de ellos...

MUJER: No eres uno de ellos.

HOMBRE: Tú no puedes saberlo.

MUJER: Si lo sé. Ellos tienen otros métodos.

HOMBRE: A lo mejor tu padre cambió de táctica.

MUJER: Eso también puedo saberlo.

HOMBRE: Ah, ¿Si?

MUJER: Apenas llegue le próximo metro. Tienes que tomarlo. Ya dejaste pasar dos y tu mujer, Ginebra, debe estar preocupada.

HOMBRE: No será la primera vez que llego tarde. Además, no creo que le importe mucho.

MUJER: En ese caso, tengo otra alternativa: si dejas que me vaya, es que no lo eres, pero si tratas de retenerme...

HOMBRE: ... es que lo soy. Prueba.

Ella inicia la marcha. Él la toma del brazo.

¿Por qué te persigue tu padre?

Ella no contesta.

Dime.

MUJER: Porque puedo meterlo preso.

HOMBRE: ¿Por qué?

MUJER: Primero, por violación.

HOMBRE: ¿A quién violó?

MUJER: A mí, ¿A quién va a ser? Y segundo, por malversación de fondos. Desvío de dinero público.

HOMBRE: ¿A dónde?

MUJER: A su bolsillo. Yo trabajaba con él, en su oficina. Una noche me quedé trabajando hasta tarde, entré en su computador, descubrí el pastel y lo amenacé con contar todo.

HOMBRE: ¿Y?

MUJER: Me violó sobre su escritorio.

HOMBRE: ¿Y qué hiciste?

MUJER: No volví nunca más al trabajo.

HOMBRE: Me refiero a que si lo denunciaste.

MUJER: ¿Denunciarlo? Claro. Y hubiera aparecido muerta y otra vez violada en un vertedero.

HOMBRE: No creo que tu propio padre pueda hacer algo así.

MUJER: Mi propio padre naufragó en medio del mar.

HOMBRE: Eso quiere decir que no es tu padre.

MUJER: Exacto: Mi madre volvió a casarse con ese hijo de puta.

HOMBRE: Ahora lo entiendo todo. Es tu padrastro el que te persigue. Mierda, deberías vender ese guión para hacer una película.

MUJER: Sí, tienes razón. Eso de que tu padre te dé palmaditas en el poto, bromeé sobre tus pechugas y te viole sobre su escritorio mientras te entierras la corchetera en la espalda, puede resultar muy excitante para el cine.

HOMBRE: Por supuesto.

MUJER: Sobre todo si después te pide que se la chupes.

HOMBRE: ¿No tienes miedo de volverte loca?

MUJER: No, porque siempre encuentro alguien con quien desahogarme, en este caso, tú.

HOMBRE: Qué suerte.

MUJER: Debería darte las gracias.

HOMBRE: No hay de qué.

MUJER: Siempre doy las gracias. Mi padre me enseñó que hay que ser agradecido.

HOMBRE: ¿Cuál de los dos?

Ella no contesta. Lo mira, se fija en sus manos: descubre que no usa argolla de matrimonio. Ruido de metro.

Bueno, ahí viene, tengo que irme.

MUJER: Lo sabía.

HOMBRE: ¿Qué?

MUJER: Quieres despistarme.

HOMBRE: ¿Cómo?

MUJER: No te hagas el tonto.

HOMBRE: No me hago el tonto...

MUJER: No vas a tomar ese metro.

HOMBRE: ¿No?

MUJER: ¿Y tu argolla?

HOMBRE: ¿Qué argolla?

MUJER: La de matrimonio.

HOMBRE: Nunca la uso.

MUJER: Nunca la has usado.

HOMBRE: Así es.

MUJER: Nunca la has usado porque nunca te has casado.

HOMBRE: Eso no es cierto.

MUJER: No trates de engañarme.

HOMBRE: No estoy tratando de engañarte.

MUJER: No vas a tomarlo.

El metro se acerca.

Tu metro.

HOMBRE: Deja el metro en paz.

MUJER: Lo vas a perder.

HOMBRE: Según tú, no voy a tomarlo.

MUJER: Sé que no.

HOMBRE: Espera a que pase.

El ruido amortigua sus voces, apenas se le oye.

MUJER: Eres un matón hijo de puta.

HOMBRE: ¿Qué dices?

MUJER: ¡Eres un asesino, un matón de mierda!

HOMBRE: ¡No te oigo!

El ruido intenta apagar sus voces. Ella se va alejando de él con una mano dentro de la cartera.

MUJER: ¡Tómalo!

HOMBRE: No pienso tomarlo.

MUJER: ¡Ándate!

HOMBRE: ¡No me da la gana!

MUJER: ¡Tu mujer te está esperando, ¿no?!

HOMBRE: ¡Que se vaya la mierda mi mujer!

MUJER: ¡No hables así de tu mujer!

HOMBRE: ¡Que se vaya mil veces la mierda! ¡Que se vaya mil veces a la mierda esa puta que lo único que hace es comprarse vestidos y ropa deportiva y acostarse con el primer cabeza de músculo que se le cruza en el gimnasio! ¡Que se vaya a la mierda la puta de mi mujer y la vieja puta de su madre!

En ese momento el metro ya no hace ruido, ya abandonó la estación.

MUJER: ¿Viste?

HOMBRE: ¿Qué?

MUJER: No te fuiste.

HOMBRE: ¿De qué estábamos hablando?

MUJER: De tu argolla.

HOMBRE: No estábamos hablando de mi argolla, estábamos hablando de que soy un asesino hijo de puta, un matón de mierda y que estaba aquí para matarte.

MUJER: Es cierto.

HOMBRE: No lo soy.

MUJER: Yo tampoco quiero que lo seas, porque tendría que enterrarte el cuchillo o dispararte con la pistola.

HOMBRE: No es necesario.

MUJER: Entonces, ¿Por qué no te fuiste?

HOMBRE: Tengo que contarte algo.

MUJER: ¿Qué?

HOMBRE: *(Después de pensar cómo decirlo)* Creo que mi mujer me engaña.

MUJER: ¿Qué?

HOMBRE: Creo que mi mujer... me engaña.

MUJER: Ay, qué quieres que te diga...

HOMBRE: Sí, ya sé que no se puede comparar con una violación. En realidad, yo no iba a mi casa. Parece que todo empezó cuando se inscribió en el gimnasio y se metió con uno de esos... la estaba siguiendo.

MUJER: ¿Por qué?

HOMBRE: Está claro, ¿no?

MUJER: ¿Quieres matarla?

HOMBRE: ¿Matarla? Por Dios, si es mi mujer. Yo sólo quiero...

MUJER: ¿Qué?

Él no contesta.

¿Recuperarla?

HOMBRE: No lo sé.

MUJER: Ahora está claro, yo creía que me estabas siguiendo a mí. Y en realidad, no. Parece que los dos nos hemos estado mintiendo.

HOMBRE: Sí.

MUJER: ¿De verdad?

HOMBRE: ¿Cómo dices?

MUJER: Eso.

HOMBRE: Por favor, no empecemos.

MUJER: ¿No lo seguirás haciendo?

HOMBRE: No lo compliques más, ya te dije la verdad.

MUJER: Tal vez yo no sea meteoróloga.

HOMBRE: Agustina...

MUJER: Tal vez tú...

HOMBRE: Sí, tal vez yo vendo calendarios, o soy domador de morsas... Bueno, creo que llegó el momento de... voy a tomar el próximo.

MUJER: Muy bien.

HOMBRE: Seguro que ahora se va a demorar más de diez minutos en pasar.

MUJER: Seguramente.

HOMBRE: Y más encima tengo que hacer transbordo.

Ella lo mira fijamente con una gran sonrisa. Se levanta del asiento y se le acerca.

MUJER: Tranquilízate. Ten un poco de paciencia.

Él se queda mirándola con impotencia.

Cálmate.

HOMBRE: Es que siempre pasa lo mismo, cuando lo necesitas...

MUJER: No te enojés.

HOMBRE: Y luego dicen que somos los ingleses de Latinoamérica.

MUJER: Cálmate.

HOMBRE: Es que no entiendo ésta informalidad. Primero pasan tres seguidos y después no pasa ninguno en un buen rato.

MUJER: Te pones muy feo cuando te enojas.

HOMBRE: Es que no entiendo ésta informalidad.

MUJER: No arrugues el entrecejo, Marcelino.

Él la mira sorprendido. Ella comienza a acariciarle el pelo. Él intenta desembarazarse.

HOMBRE: Agustina...

MUJER: Eres muy atractivo. No me había dado cuenta hasta ahora. Tienes los ojos azules.

HOMBRE: Yo no tengo los ojos azules.

MUJER: Me gustaría besarte.

HOMBRE: ¿Pero qué haces, qué estas haciendo?

MUJER: Déjame besarte.

HOMBRE: Por favor, Agustina. Por favor, Agustina.

MUJER: No me llames así, llámame de otra forma, no me gusta ese nombre.

HOMBRE: Pero...

MUJER: Llámame Laura, quiero escuchar cómo me llamas Laura.

HOMBRE: ¿Laura?

MUJER: Laura, sí, ¿no te gusta?

HOMBRE: Sí, claro.

MUJER: Déjame besarte, por favor. Tengo un condón en la cartera.

HOMBRE: ¿Un condón? Agustina, por favor.

MUJER: Laura.

HOMBRE: Laura, no hablas en serio.

MUJER: Es de limón.

Ella lo abraza, lo besa en la boca aunque él se resiste al principio. Poco a poco cede a los deseos de la mujer. Un leve ruido de metro se aproxima, pero no lo escuchan.

HOMBRE: Laura.

MUJER: Marcelino.

HOMBRE: No, mejor llámame Rafa, siempre he querido llamarme Rafa.

MUJER: Rafa...

Ella deja que su mano derecha resbale por el brazo de él.

HOMBRE: Oye.

MUJER: ¿Qué?

HOMBRE: No vas a apuñalarme, ¿verdad?

MUJER: No, voy a bajarte el marrueco.

HOMBRE: Ah.

MUJER: Pucha, es con botones.

Ella hace lo que dijo. El metro está cada vez más cerca. Llega. Por un momento, los amantes abrazados desaparecen tras el armatoste. Suena el pito para reanudar el viaje de la máquina.

HOMBRE: *(Rompiendo el abrazo)* Tienes que venir conmigo.

MUJER: *(Recogiendo sus cosas)* De acuerdo. ¿A tu oficina?

HOMBRE: A la comisaria. Se te acusa de complicidad en el delito de fraude y estafa de tu padrastro. ¿Me das el cuchillo?

MUJER: Se te olvida la pistola.

HOMBRE: Es verdad, también tienes que hacerme entrega de la pistola.

MUJER: Por supuesto. *(Le entrega la cartera)*

HOMBRE: ¿Me creerías si te digo que odio mi trabajo?

MUJER: Te creo.

HOMBRE: Pero tienes que venir conmigo.

MUJER: La vida es así.

HOMBRE: Sí, es una mierda. Supongo que no te van a dar mucho tiempo. Cinco; máximo, diez; no creo que llegue a veinte.

MUJER: No está mal.

HOMBRE: Bueno, vamos. No vas a tratar de arrancar, ¿verdad?

MUJER: Puede que sí.

HOMBRE: No me gustaría tener que esposarte.

Miradas mutuas.

Sé que no lo harás.

MUJER: Quién sabe.

HOMBRE: ¿Vamos?

MUJER: Adelante.

HOMBRE: *(Por si acaso, la toma del brazo)* Laura...

MUJER: ¿Sí?

HOMBRE: Siento tener que hacerlo.

MUJER: Rafa.

HOMBRE: Dime.

MUJER: Yo no.

Él echa un último vistazo a la estación, los túneles. Cuando se da vuelta, no aguanta la risa. Ella no entiende nada.

¿Qué pasa?

HOMBRE: Te lo creíste, ¿ah?

MUJER: *(Sin que le haga gracia)* Pero poco.

Ella no reacciona.

HOMBRE: Vamos a un motel. Pero antes, te invito a cenar.

MUJER: ¿Ahora? ¿Y el metro?

HOMBRE: ¡Que se vaya a la mierda el metro!

MUJER: ¿Y tu mujer?

HOMBRE: ¡Que se vaya a la mierda mi mujer! Vamos, conozco un chino por aquí cerca.

MUJER: Me encanta la comida china.

HOMBRE: ¿Vamos?

Una pausa que alimenta la incertidumbre.

MUJER: Vamos.

Caminan hacia la salida. Ella se detiene.

Oye, todavía no nos hemos presentado.

HOMBRE: Es verdad, no sirvo para estas cosas. Me llamo Ricardo. Ricardo Zamora.

MUJER: Yo, Emilia.

HOMBRE: Bonito nombre.

MUJER: No empecemos.

El metro llega.

HOMBRE: Justo ahora que ya no...

MUJER: Tengo que tomarlo.

HOMBRE: ¿Qué?

MUJER: Adiós Ricardo. *(Lo toma)*

HOMBRE: ¡Emilia...!

Ella sube, el metro se desplaza, él se queda solo en el andén; en una mano, el maletín; en la otra, el diario. Camina hasta los asientos, se deja caer en uno, resopla. Descubre a su lado, en otro asiento, los lentes oscuros de ella. Los toma y, por un momento, piensa que igual podría hacérselos llegar algún día, pero enseguida cae en la cuenta de que eso no sucederá jamás. Los observa, se los pone. Le quedan bien. Comienza a esperar.

FIN